

apariencia hombre como los demas: bienaventurados los que permanecieren firmes en la fe, cuando me vieren oprimido por mis enemigos, abofeteado, cubierto de salivas, harto de oprobios: bienaventurados, en fin, los que al verme padecer no se alterarán ni me abandonarán; y aquellos tambien á quienes mis humillaciones y mi muerte no serán un motivo de escándalo. Despues de esto hizo el Salvador un magnífico elogio de san Juan, reprendiendo vivamente á los fariseos que se hallaban presentes, y echándoles en cara la poca impresion que habian hecho en ellos las palabras y exemplo de este santo hombre.

## §. XXVI.

*Conversion de la pecadora, y parábolas que propone Jesucristo al pueblo.*

Aunque el Salvador no se las ahorra con aquellos hipócritas, sin embargo, nada omitia para ganarlos y convertirlos, hasta comer en casa de ellos cuando le convidaban, y preveía el fruto que habia de sacar de esta amable condescendencia.

(*Luc. 7.*) Estando un dia á la mesa en casa de Simon el fariseo, fué á buscarle una muger, á quien su mala vida hacia muy conocida en la ciudad: esta muger, penetrada de un vivo arrepentimiento de sus delitos, el que habian excitado en su corazon las exhortaciones del Salvador divino, se puso detrás de Jesus, que estaba recostado sobre una tarima de tabla al uso del pais, y postrada á sus pies, no cesaba de regarlos con sus lágrimas; los enxugaba con sus cabellos, los besaba, y derramaba sobre ellos un bálsamo aromático que tenia en un vaso de alabastro. Viendo esto el fariseo que habia convidado á Jesus, decia en su interior: Si este hombre fuera profeta, sabria, sin duda, quién es la que le besa los pies. El Salvador, que penetraba lo que pensaba el fariseo, le hizo ver muy bien que nada se le escondia; y tomando la palabra, hizo la apología de aquella ilustré penitente por medio de una alegoría, que hacia comprender al fariseo que la perfecta contrición de aque-

lla pecadora, de la cual daba pruebas tan insignes, hacia á su mal extremamente agradable á Dios. La son perdonados muchos pecados, añadió Jesus, porque ha amado mucho; y volviéndose despues hácia la muger, la dixo: Vete en paz; tu fe te ha salvado, y todos tus pecados te se han perdonado. Esta remision de los pecados dió mucho que pensar á todos cuantos estaban á la mesa: ¿Quién es este hombre, decian dentro de sí mismos, quién es este hombre que así perdona los pecados? La conversion de esta muger, que hasta entonces habia sido pecadora, fué tan perfecta, que desde aquel punto vino á ser una de las mas fervorosas discípulas del Salvador, y fue la que despues le siguió á todas partes, y hasta el pie de la cruz en el Calvario.

Despues de esta insigne conversion corrió el Salvador, acompañado de sus apóstoles, la mayor parte de las ciudades y aldeas de Galilea, anunciando en todas partes el reyno de Dios, enseñando el camino de la salvacion, y confirmando en todas partes la santidad de su doctrina con una infinidad de milagros; y acomodándose al modo de hablar del pais, no hablaba al pueblo, por lo regular, sino en parábolas.

Sirvióse de la del sembrador para explicar los diferentes efectos de la palabra de Dios, segun son diferentes las disposiciones de los que la oyen (*Matth. 13.*): de la de la cizaña, que sembrada por malicia entre el buen grano, significa los malos, que se toleran en el campo del Señor, mezclados con los buenos; pero que algun dia será separada para arrojarla al fuego con la paja. La parábola del grano de mostaza, que aunque es el mas pequeño de los granos se hace tan alto, que llega á ser la mayor de todas las plantas, tanto, que las aves del cielo van á sentarse en sus ramas; nos propone la figura de una alma verdaderamente humilde: la de la levadura, que se extiende por toda la masa y la fermenta, significa la pureza de intencion; así como la perla fina, por la cual el negociante da todo su caudal, y el tesoro escondido son figura de la eterna salvacion, por lo cual debe el hombre sacrificar todo cuanto hay en el mundo. Queriendo tambien dar á conocer los funestos efectos de la recaída en el pecado, se sirve de la pa-

rábola del fuerte armado, que habiendo sido arrojado de una casa, vuelve con mayores fuerzas, entra en élla con mano armada, se fortifica, y no se le puede volver á echar.

La parábola de los convidados á la cena, que con pretextos frívolos rehusan asistir, úno por ir á ver su nueva casa de campo, ótro por ir á probar cinco yuntas de bueyes que habia comprado, éste porque se habia casado, aquél por negocios de su comercio y por otros embarazos; esta parábola, digo, pinta bastante visiblemente la indiferencia de los que se apartan de la comunión, y que por su apego á las cosas de la tierra se hacen indignos de la cena de las bodas del Cordero. La parábola del hijo pródigo es una de las mas bien descritas, y de las mas bien circunstanciadas, y la que hace la pintura mas natural de una alma que se aparta de Dios; pues describe todos los pasos que da el pecador en todos los desórdenes de su vida; pero así mismo representa todos los resortes que la divina misericordia pone en movimiento, los caminos admirables de que Dios se sirve para convertir al pecador, y la bondad con que le recibe cuando vuelve á él.

Ora sea una historia lo que se cuenta del rico gloton, como lo creen los mas; ora sea una simple parábola, como lo piensan ótros; nada da á conocer mas bien las infinitas desdichas de los dichosos del siglo que viven olvidados de Dios, ni las ventajas de una vida humilde y laboriosa, cuando está animada de una paciencia cristiana. Finalmente, queriendo el Salvador dar una idea, ó imágen sensible de su Iglesia, decia (*Matth. 13.*): El reyno de los cielos es semejante á una red, que echada al mar congrega de toda suerte de peces buenos y malos; los cuales se separan despues en la playa, poniendo los buenos aparte en vasijas, y echando fuera los malos. Así en el día del juicio se apartarán los escogidos de Dios de los réprobos. De este modo, acomodándose el Salvador á la capacidad de un pueblo enteramente terreno y grosero, les hacia sensibles las verdades mas espirituales y con estas comparaciones sencillas y familiares les descubria los misterios mas ocultos: entonces fue cuando se cumplió lo que habia di-

cho de él el Profeta: Os hablaré por figuras (*Psalm. 77.*): *Aperiam in parabolis os meum.*

Habiendo Jesus despedido al pueblo, se metió en una barca con sus discípulos para pasar al otro lado del lago. Apénas habian dexado la costa, cuando se levantó una gran tormenta, de suerte que las olas cubrian la barca. Miétras la borrasca lo turbaba todo, Jesus estaba durmiendo: los discípulos asustados á vista del peligro, le despiertan, clamando (*Matth. 8.*): Sálvanos, que somos perdidos. Jesus les responde: Gentes de poca fé, ¿por qué temeis? Cuando estais conmigo, ¿qué teneis que temer? Con vuestro temor dais á entender que solo medio me conoceis: dichas estas palabras se levanto, mandó á los vientos y al mar que se sosegaran, y al instante sobrevino una gran calma. Al ver esto, exclamaron todos: ¿Qué hombre es éste que los vientos y el mar le obedecen? Habiendo salido á tierra, libró á dos energúmenos furiosos que gritaban: Jesus, hijo de Dios, ¿por qué vienes antes de tiempo á atormentarnos? El uno de los dos estaba poseido de una legion de demonios; los que viéndose precisados por su orden á salir del cuerpo de aquel hombre, le pidieron le permitiese entrar en una piara de puerocos que pastaban por allí; permitiósele el Señor, y al instante todos aquellos animales se precipitaron en el mar y se ahogaron; hermosa figura de lo que sucede al pecador impenitente. Poco despues una muger que habia doce años que padecía un fluxo de sangre fue curada de repente con solo tocar la orla, ú orilla de su vestido. Al mismo tiempo vino uno de los príncipes de la sinagoga, llamado Jayro, el cual se postró á sus pies, suplicándole entrase en su casa, porque se le estaba muriendo una hija única de edad de doce años; el Salvador tuvo la benignidad de ir á verla; pero á mitad del camino viniéron á decir á Jayro que su hija habia muerto, que le ahorrase á Jesus el trabajo de pasar adelante; pero el Salvador, consolando á aquel afligido padre, le dixo: No temas, cree en mí solamente, y tu hija vivirá. Habiendo llegado Jesus á la casa, la halló toda metida en llanto; compadecióse el Señor, y les dixo: No lloreis; la niña no está muerta, sino que duerme; como si dixera, no esta muerta para mucho tiempo: el estado en que la veis, debe ser mira-

do como un sueño, del que me es tan fácil el hacerla salir, como lo es á un hombre el despertar á una persona que duerme. Como todos sabian que la niña estaba muerta, se riéron del Señor; entretanto Jesucristo, habiendo hecho salir del cuarto todos aquellos llorones y lloronas alquiladas, con todos los que tocaban los instrumentos músicos, los cuales, segun el uso del país, asistian á las ceremonias de los funerales para tocar cosas lúgubres, ó para embarazar que se oyesen los lloros; no quiso tener consigo sino al padre y madre de la niña, y á sus tres amados discípulos, Pedro, Juan y Diego; y tomándola de la mano, la dixo en voz alta: Niña, levántate. A estas palabras la niña se levanta tan buena y tan sana como si nunca hubiera estado enferma: y Jesus manda que la den de comer. Al ver esto fueron tantos los clamores de alegría que sucedieron á los lloros, que en toda la ciudad resonaban los vítores y bendiciones que daban al Señor; y bien presto se divulgó por toda élla un prodigio tan estupendo.

## §. XXVII.

*Mision de los setenta y dos discípulos.*

Creciendo y aumentándose la mies todos los dias, dió á entender Jesus á sus discípulos la necesidad que tenia de operarios para cultivar un campo que estaba inculto y yermo tanto tiempo habia; y habiendo ya elegido los doce apóstoles, que correspondian á las doce tribus, como si el Salvador hubiese querido elegir un apóstol para cada tribu; quiso ademas de los doce, elegir setenta y dos discípulos para que trabajasen baxo la direccion de los apóstoles; y en este número se encuentran seis discípulos por cada tribu, al modo que Moyses eligió setenta y dos personas, seis por cada tribu, para que partieran con él el peso de los negocios (*Luc. 10.*). Habiéndolos juntado el Señor alrededor de sí, les dixo: Id por todo el país; mirad que os envio como corderos en medio de los lobos: no lleveis con vosotros ni bolsa, ni saco, ni zapatos; como si dixera, segun expresa San Mateo (*Ad. 6.*): no tengais ni oro, ni plata ni dinero alguno en vuestra

bolsa. La intencion del Salvador no era obligar á sus apóstoles y discípulos á andar á pies descalzos, ni prohibirles el uso de un báculo para descansar en él: lo contrario se ve en san Marcos; solo quiere darles á entender el espíritu de pobreza, de mortificación, de desinterés, de desapropio y de confianza con que los operarios del Señor deben trabajar en su viña, siempre prontos á ponerse en camino, sin hacer provision de nada de cuanto les sería necesario para vivir cómodamente mientras durasen sus correrías evangélicas; quiere que vayan con el equipage de unos simples caminantes sin llevar víveres en sacos, sin ir cargados de armas, que es lo que se entiende, segun algunos, por el término de báculo, ni de muebles inútiles, sin que tengan ni zapatos ni vestido que mudar; porque Dios provee siempre á las necesidades de los que en sus ministerios solo buscan su gloria y la salvacion de las almas, y no quiere en su servicio operarios sensuales y delicados.

Cuando fuéreis de camino, añadió, no saludéis á nadie; esto es, no os detengais en el camino á hacer visitas inútiles ó vanos cumplidos. En cualquiera casa que entreis, lo primero que habeis de hacer, es decir: la paz sea en esta casa; y si hubiere en élla un hijo de paz, esto es, una persona que tema á Dios, y con disposiciones cristianas, sobre él descansará vuestra paz; y si no le hubiere, vuestra paz se volverá sobre vosotros. Por la palabra paz se entiende en la Escritura un deseo de toda suerte de bendiciones. Por lo demas, permaneced en la misma casa comiendo y bebiendo lo que os pusieren delante; en cualquiera ciudad que entreis si acaso os recibieren, comed lo que os dieren. El que es verdaderamente pobre, no piensa en pedir lo que sería mas de su gusto, ni tampoco rehusa lo que le dan. Curad tambien los enfermos que allí hubiere, y decidles, El reyno de Dios; esto es, la salvacion está cerca de vosotros: no hagais inútiles los medios que teneis de hacer bien.

Instruidos de este modo los setenta y dos discípulos, los envió el Salvador á anunciar el reyno de los cielos por los lugares y aldeas vecinas, en donde predicaron con mucho zelo, trabajaron con fruto, y volviéron llenos de gozo, diciendo: Señor, en vuestro nombre hemos

sujetado los demonios, y hemos curado milagrosamente los enfermos. Descubriendo Jesus en ellos una complacencia demasiado natural, quiso corregir todo lo que veía en ellos de mas defectuoso: y así les dixo: Ví á Satanás que caía del cielo como un rayo; dándoles á entender con esto, que el mas noble y mas perfecto ángel se habia perdido por la soberbia: que por mas santo y favorecido de Dios que uno sea, debe humillarse; y por mas prodigios que obre, y por mas fruto que haga, debe creer que es un siervo inútil. Aunque os he dado el poder de pisar las serpientes y los escorpiones, y de superar todas las fuerzas del enemigo sin que nada pueda resistiros ni dañaros; con todo, no os alegréis de que los espíritus se sometan á vosotros; porque estos puros dones no aumentan en vosotros el mérito: alegráos solamente de que vuestros nombres están escritos en el cielo; este es el único verdadero motivo de alegraros. En aquella misma hora, dice san Lucas, tuvo Jesus un transporte de gozo que venia del Espíritu santo, y levantando los ojos al cielo, exclamó (*Luc. 10.*): Yo te bendigo, Padre mio, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas á los sábios y entendidos del mundo, y las has revelado á los pequeñuelos. Todas las cosas han sido puestas en mis manos por mi Padre; y nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo quisiere revelárselo. Volviéndose despues á sus discípulos, les dixo: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis; porque os aseguro que muchos profetas y reyes deseáron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyéron. Al decir esto, se levantó un doctor de la ley con ánimo de probarle, y le dixo: Maestro, ¿qué haré para salvarme? Jesus le respondió: ¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella? El doctor respondió: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu espíritu; y á tu próximo como á ti mismo. *Has respondido bien*, le dixo Jesus; *haz esto, y vivirás*. Queriendo el doctor saber si en el nombre de próximo comprendia Jesus á los extrangeros, ó solamente á los hermanos, le dixo: ¿Y quién es mi próximo? A esto

le respondió el Salvador con la parábola de un hombre que habiendo caído en manos de ladrones, los que le hirieron, y dexáron medio muerto en el campo, no fue socorrido ni por un sacerdote, ni por un levita, los que se pasáron de largo sin subministrarle ningun socorro; pero lo fue por un samaritano caritativo, que compadecido de él, tomó á su cargo el curarle, limpiándole él mismo las llagas y vendándoselas; haciendo ver con este exemplo, que el amor del próximo debe ser un amor universal, un amor eficaz, y no un amor de paisanage, ni de puro cumplimiento.

## §. XXVIII.

*Da Jesus de comer á mas de cinco mil personas, con cinco panes y dos peces.*

**H**abiendo sabido Jesus que Heródes habia hecho morir á san Juan, y noticioso igualmente de lo que se decia de él en la córte de este Príncipe, se metió en una barca con sus discípulos; y habiendo atravesado el lago de Genezaret, fué á abordar á un lugar muy solitario en frente de Betsáida. Pero por desierto que fuese el lugar, se vió bien presto llegar á él una infinidad de gente: mas de cinco mil personas habian caminado á pie casi todo un dia para ir á encontrarle, y les era preciso hacer otro tanto camino para volverse á casa, sin que hubiesen tomado todavía ningun alimento. Despues que el Salvador los hubo instruido, y despues de haber curado á los enfermos, viendo los discípulos que se hacia tarde, le dixéron: Señor, despedidlos, para que vayan á las aldeas vecinas á comprar que comer; pero Jesus les dixo: No tienen necesidad de ir, dadle vosotros mismos de comer. Respondieronle: No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces; ¿pero qué es esto para tanta gente? Doscientos denarios de pan (esta suma puede reducirse á cincuenta francos de moneda de Francia, y á ochocientos reales de la de España) no bastarian para que cada uno tomase un bocado, añadió Felipe. Hizo Jesus que le llevasen los cinco panes y los dos peces; y habiéndolos bendecido, hizo que los